AÑO I SALTO Diciembre 26 de 1899 N. 16

MONTEVIDEO

REVISTA DEL SALTO

Semanario de Literatura y Ciencias Sociales

EN PROSA

—

Un recuerdo para tí ¡oh niña purísima!

Un beso á tu recuerdo ¡oh santa criatura! Y á tus ojos y à tus brazos, y á frente y á tu garganta, tan pura y delicada, el más fervoroso de los cantos, ¡oh mi niña queridísima!

Todo se ha ido; las músicas, los besos, las flores y las lágrimas. El alma reprocha dolorosamente al pasado su falta de constancia. Todos se fueron. Sólo tú no me has olvido completamente, ¡oh niña purísima; sólo tú me has querido, ¡oh adorada de mi corazón!

¡Santa memoria! ¡Una caricia à esos recuerdos! ¡Una lágrima á esa ventura perdida!

¡Virgen de mi alma! Ten un poco de cariño à esas muertas alegrías! ¡Compasión, niña mía, para esas flores que mueren de tristeza en un rincón de la cómoda! Y á mis ramos y á mis versos, á la primera palabra que nos dijimos, á la primera pieza que bailamos, á las fechas más dulces y sentidas, á nuestra separación, un poco de ventura, niña querida! ¡un poco de piedad, niña adorada!

Lloro sobre la trémula letra de tus últimas cartas; lloro sobre la trémula miel de tus últimos besos; lloro sobre las trémulas lágrimas de tus últimos llantos; de tus llantos tan trémulos y sentidos, que, hoy al recordarlos, mi garganta se llena de sollozos.

¡Pena infinita! ¿Dónde están, dónde están las alegrías de aquellos días tan largos y complacientes?....

Y lloro siempre por tí, siempre te recuerdo, alma mía, y mi vida se va extinguiendo sin tus caricias!

Dónde estás, niña mía, que no te encuentro?

Dónde estás, alma de mi alma, para ir á buscarte y vivir juntos, juntos, juntos, para no volver á perderte jamás?...

¡Dulce y buena entre todas las mujeres! Que mi vida sea un martirio continuo, pobre, enfermo y olvidado de todos; que mi vida sea una constante desgracia, sin fuerzas para levantar la voz ni reprochar á nadie; que el sufrimiento vele todas mis ilusiones y que me vea enfermo, solo, desgraciado.... ¡pero que al menos te tenga á tí, santa criatura! ¡que no me olvides, niña muy amada! .. ....

HORACIO QUIROGA.

Salto, Diciembre 18/99.

MIEDOS

—

El salón estaba obscuro, muy obscuro. Los espejos cegados por la oscuridad no reflejaban en sus colosales pupilas los buques chinos de marfil, los dorados muebles, las sedosas cortinas ni las caprichosas licoreras y chucherías que adornaban los chineros.

En la puerta del salón, como dos ujieres medioevales, estaban reflexionando de pie sobre sus pedestales de mármol, envueltos en la gasa intangible de las tinieblas, Dante, en su actitud hierática, con el dedo sobre los labios, y Petrarca recostado sobre su lira. La araña, como una inmensa plomada de cristal, se descolgaba largamente del techo, y cada vez que un carruaje estremecía el salón con su escandaloso rodar sobre las piedras de la calle, interrumpía el silencio con el tintineo de sus prismas sonoros.

El riquísimo Pleyel, abierta su bocaza de madera, reía sin ruido haciendo jugar sobre su larga hilera de dientes ese átomo de luz que siempre existe disuelto en toda oscuridad. Parecía una inmensa cabeza de hotentote risueño.

Lejanos relojes daban campanadas cuyos ecos se colaban por las junturas de puertas y ventanas, y resbalando sobre la alfombra de Bruselas iban á perderse en las demás habitaciones Luego. . . nuevamente el silencio.

Dieron las tres, y una de las puertas se entreabrió y penetró en el salón una sombra, lentamente, arrastrándose como un gnomo curioso que camina con precaución para no hacer ruido. Subió al piano y caminando sobre el teclado produjo una escala imperfecta. Probablemente le disgustó al gnomo su poca disposición para la música, porque inmediatamente se alejó y fué á esconderse á uno de los sillones.

Poco después se estremeció el aire encajonado del salón con unos ruidos extraños que venían del sitio en que se había ocultado el gnomo: un frou frou constante y desesperado, sollozos ahogados, gritos de dolor que se resolvían en un gruñido sordo. Se hubiera creído que el gnomo, herido de muerte, se revolcaba sobre la seda en una agonía lenta y dolorosa

Dante hundió su mirada de águila en la obscuridad y Petrarco levantó la cabeza: pero no se veia nada. El sillón estaba á sus espaldas, y en la imposibilidad de ver, volvieron á su actitud meditabunda.

En la habitación contigua una muchacha, rubia como los trigos, estaba en un lecho adornado con angelitos, temblando de miedo. Se despertó á lss gritos del piano mortificado con las pisadas del gnomo.

—¡Oh, Dios mío! pensó; ¡ladrones!

Y se quedó fría, inmóvil, conteniendo la respiración, sin atreverse á hacer el menor movimiento para no atraer la atención de los ladrones. ¡Si se movía la matarían para que no avisase!

De pronto llegó á sus oídos un prolongado gemido, extrahumano, como los que la imaginación popular supone que salen de los labios de las almas en pena. La muchacha se estremeció, presa de indecible espanto; quiso gritar:

¡Abuela, abuela.. luz.... están penando en el salón!

Pero se le ahogó la voz movió los labios; mas la lengua ni la garganta quisieron obedecerla. Con los cabellos erizados y los ojos desmesuradamente abiertos, esperaba á cada segundo sentir la impresión de frialdad de una calavera que se acostara sobre una misma almohada; veía en el aire canillas que se cruzaban, largas túnicas por cuyas mangas voladas salían brazos y manos óseas. Aterrorizada se tapó la cabeza y se estuvo así, escuchando gemidos y rodeada de horribles visiones, hasta que por el tejido de la sobrecama vió colarse un estirado rayito de luz matinal como un alambre de oro.

Eran las seis de la mañana Se destapó medrosa aún: pero poco á poco se tranquilizó: de día las ánimas en pena vuelven al cementerio. A las siete, su abuela, una viejecita de andar ligero á pesar de sus setenta años, estaba ya levantada y caminando por toda la casa.

—Buenos días, hija, ¡á levantarse!

—Buenos días, abuelita, contestó la linda rubia, besando la mano de la anciana.

Tenía la muchacha quince años y unos labios frescos y rosados, bajo los que había una nidada simétrica de perlas. Sus senos virginales duros y redondos comenzaban á darla aspecto de mujer y levemente levantaban la alba camisa de dormir, menos blanca que su piel

suavísima. El miedo y el insomnio de la pasada noche había dejado una línea azulada bajo sus rasgados ojos de cielo. La abuela notó las ojeras de la doncella y se lo dijo; ella iba á referirla lo de las penas, pero se contuvo: sabía que su abuela se reiría de sus miedos y no la creería.....

Levantóse, y después de bañarse, entró en el salón á repasar una lección de piano....

El salón estaba claro, muy claro. Grandes haces de luz se precipitaban por las ventanas teatinas en el afán de penetrar todas á la vez. Luego se desbandaban sobre los muebles haciendo brillar la seda. Los espejos se hacían todos ojos y, ansiosos de ver, reflejaban en las lunas venecianas los buques chinos, las mesas, las chucherías que llevaban los chineros, todo, todo cuanto podía caber en sus colosales pupilas. Dante, bañado en esa inundación de luz que daba tintes y brillores amarillentos á su gran túnica de bronce, continuaba en su actitud hierática con el índice recostado en su labio inferior, y Petrarca se preparaba á tañer la lira

Sobre los cuadros de las paredes, sobre las alfombras y los muebles celebraban la fiesta de la luz, la apoteosis del sol, una infinidad de espectrillos solares despedidos de los irisados prismas de la araña, que revoloteaban inquietos como alegres pajecillos de Febo vestido con túnicas policrómicas, en tanto que el piano con la risa congelada dejaba juguetear francamente sobre sus dientes de marfil la luz que se precipitaba de las ventanas.. .

Entró la rubia con la cabecita despeinada y húmeda, de la que caía sobre sas espaldas una muda catarata de oro. Había olvidado ya sus temores y sólo pensaba en repasar su lección: una linda romanza de Godefroy, que debía saber á las once, cuando viniera el profesor. Se sentó en el banquillo de altura variable, recorrió el teclado y comenzó á brotar del marfil un raudal de armonías encantadoras. ¡Oh! el hotentote estaba contentísimo, y al sentir la caricia de esos blancos dedos diminutos y ágiles rompía en la más melodiosa de sus risas.

¡Miau! ¡miau! oyó la rubia á sus espaldas, y giró rápidamente; luego dió un grito de repugnancia y sorpresa y corrió gritando:

—¡Abuela, abuela, venga usted à ver! .....

Sobre el sillón estaba echada una gata dirigiendo á todas partes la mirada de sus redondos ojazos amarillos Tres gatitos con los ojos cerrados, grises, cabezones, estaban prendidos por el hociquillo rosado de las hinchadas ubres de la Mirriña.

Regresó la rubia con su abuela y una sirvienta. La señora refunfuñó, riñó á la Mirriña por sucia y sin vergüenza, como si la gata pudiera comprenderla; la amenazó con arrojarle los hijos á la alcantarilla, y á punto seguido la buena viejecita ordenó á la sirvienta que la llevara á otro cuarto, con sillón y todo, para que no se maltrataran los hijuelos.

El lujoso asiento de valiosa seda y talladuras trabajosas sirvió en adelante de lecho mullido á la Mirriña.

Siguió tocando su melodía de Godefroy, después del incidente. De pronto, la idea de la gata se asoció al recuerdo de las penas y temores que no la dejaran dormir; entonces se sonrió, y dos hileras de perlas se reflejaron en la charolada caja del piano ....

CLEMENTE PALMA.

EL GENIO

—o—

Genio es una gran palabra.

Significa cuanto de magestuoso y elevado, recuerda las cumbres que se pierden en lo infinito de las alturas, casi imposibles de escalar, solo accesibles por mortales escogidos.

El mortal que domina esas cumbres es un

genio.

Un carácter del genio es la locura. La locura no es más que el vértigo de las cimas.

Se sienten en las alturas cosas extrañas. A veces, en medio de los grandes razonamientos y la sublimidad de las ideas, ocurren eclipses de luz. Pasan sombras por el alma y un temor convulsivo que estremece al genio se comunica al orbe. Hay entonces vértigos y la locura aparece.

El genio suele sufrir estos accesos.

Victor Hugo lanzando los apóstrofes de su indignación contra las miserias humanas, cantando el hosanna de las grandezas divinas, palideciendo de repente, sin causa alguna, en un pasaje magnífico, es la expresión más exacta del genio en toda su amplitud. Pocos como Victor Hugo, han sido *tan genios*.

Homero, en cambio, es un genio olímpico, de aquellas épocas primitivas en que cantaban gigantescamente y á compás, la naturaleza exhuberante, los Himalayas, el Ramayana y el Parnaso.

¿Querés ver un genio humano, todo delicadeza y todo amor? Suponed una lira pequeña, dulcísima, cuasi espiritual, pulsada por una mano temblorosa, en medio de un valle de armonías.. .... y tendreis la lira de Bécquer

¡Cuántas cosas es el genio! Recorred los *genios* y los encontraréis distintos Sin embargo, todos son genios.

¿No habéis oído decir el genio de las brumas? ¿Conocéis tambien el genio de las ondas y los valles? ¡Qué diferentes son! Los dos son genios.

El genio de la ciencia, el genio filosófico, el genio humano..... todos son genios.

¿Qué es, pues, el genio?

Es en vano pretender definirlo. Es demasiado variado para sujetarlo á leyes. Sin embargo, es demasiado grande para no poder conocerlo. El genio se siente. Aparece un genio y en seguida se ve. Ahí está el genio: de pié ante él, todos se descubren uniendo sus voces en concierto gritan en una: "Gloria, gloria, gloria al genio!"

ALBERTO J. BRIGNOLE.

ET NOX FACTA EST

I

Cuatro mil años llevaba cayendo en el abismo.

Todavía no había podido sentar el pie, ni levantar una vez siquiera su frente desmesurada. Se hundía en la sombra y en la bruma; azorado, solo, y tras él, en las noches eternas, caían lentamente las plumas desprendidas de sus alas.

Cayó fulminado, melancólico, silencioso, triste, abierta la boca y los pies hacia los cielos, impreso el horror del abismo en su semblante lívido. Y gritó:—¡Muerte! tendiendo los puños hacia la sombra.

Más tarde esta palabra fué un hombre y se llamó Caín.

Descendía. De repente una roca le golpeó la mano; aferróse á ella y se detuvo. Alguien le gritó de arriba:—¡Cae; las estrellas se extinguirán en torno tuyo, maldito! —Y la voz se perdió en el horror inmenso. Satanás, pálido, miró hacia la eterna aurora. Los soles estaban lejos, pero todavía brillaban; Satanás enderezó la cabeza y dijo levantando los brazos:—¡Mientes!

Más tarde esa palabra fué el alma de Judas.

Semejante á los dioses de bronce, de pie sobre sus zócalos, Satanás esperó mil años con los ojos fijos en los astros. Las estrellas estaban lejos, pero brillaban aún: El rayo rugía en los mismos cielos, ríos y soles. Satanás rióse y escupió hacia el trueno. Esa saliva más tarde fué Barrabás.

Un soplo que pasó le hizo caer más abajo.

II

La caída del condenado comenzó de nuevo. Terrible, sombrío y atravesado de agujeros como una criba, veía como el cielo lleno de estrellas se alejaba; la claridad temblabla, y el gran precipitado, desnudo, siniestro y arrastrado por el peso de su crímen, caía, y como una cuña, su cabeza abría el abismo. ¡Más abajo, más abajo, siempre más abajo! Todo le huía: ningún obstáculo de que poder agarrarse, ni un monte, ni una roca inclinada, ni una piedra: nada, la sombra.

Cerró los párpados espantado.

Cuando los abrió, brillaban solamente tres soles, los demás estaban muertos.

III

Una roca salía de la bruma, negra como un brazo que se extiende. Satanás la agarró y sus pies tocaron las cimas.

Entonces meditó el sér espantaso que se llama JAMÁS. *Su frente cayó en las manos criminales. Los tres soles, de lejos, semejantes á tus pupilas, le miraban, pero él no los miraba. El espacio semejaba á las llanuras de la tierra, cuando, en la tarde, el horizonte se hunde retrocediendo asombrado á los ojos del crepúsculo. Largos rayos llegaban hasta los pies del gran desterrado. A sus espaldas su sombra llenaba el infinito. Las cimas del caos se confundían unas con otras.*

De pronto sintió que le nacían unas alas horribles. Comprendió que se volvía monstruo y que en él el angel espiraba, y el rebelde experimentó mayor amargura. Sentía sus espaldas, luminosas en otro tiempo, estremecerse al odioso frío de su ala membranosa; cruzando los brazos, alzando la frente, el bandido, solo en las profundidades llenas de ruinas, miró fijamente la caverna de la sombra.

Las tinieblas crecían sin ruido en la nada. La opaca obscuridad cerraba el cielo aterrador, y haciendo más allá del último promontorio una triple abolladura á aquella especie de vidrio negro, tres soles confundían sus tres irradiaciones.

Hubiérase dicho que eran las tres ruedas de un carro de fuego, quebrado después de un combate en los altos firmamentos. Los montes salían fuera de la bruma como proas.

—¡Y bien! exclamó Satanás; ¡sea! ¡Aun puedo vencer! Él tendrá el cielo azul; yo tendré el cielo negro. ¿Cree Él acaso que yo iré á sollozar á su puerta? Le odio. Tres soles me bastan. ¡Qué me importa! ¡Yo odio el día, el azul, el fulgor, el perfume!

De pronto tembló. No quedaba más que un sol.

VÍCTOR HUGO.

En la lucha

—

Furibundo aquilón que arrebatas
Con tu saña inclemente mis dichas;
Avalancha que ruedas del monte
Sepultando mi hogar, mi familia.

Soy la roca de mole gigante,
Soy la encina de indómita fibra,
Que desprecia el furor de tu empuje,
Que rechaza el poder de tus iras.

Negra noche de escuálido invierno
Cubre el tétrico mar de mi vida,
Y al impulso del ábrego, cruje
Zozobrando mi débil barquilla.

Fariseos que desde la playa
Os mofáis de mi lucha inaudita,
Yo besando en la frente á mis hijos
Bogo y bogo con alma tranquila.

SEBASTIÁN ANGELERI.

Diciembre 17/99.

ENFERMEDAD DESCONOCIDA

—o—

Al profesor de clínica, impacientes
Esperábamos todos en el aula;
La puerta chirrió, y el nuevo Hipócrates
Presentóse en la estancia.

El espacioso anfiteatro grande
Cuajado de discípulos se hallaba,
Ansiosos de escuchar la voz del sabio
Que toma la palabra.

«Una enferma de todos muy querida
Ha fallecido al fin, esta mañana;
Ya lo sabéis, el número cuarenta,
La hermosa y pobre Clara.

Aquella joven de los rizos de ébano
De tersa frente, de mejilla pálida,
De negros ojos, de virgínea boca,
De límpida mirada.

Aquella joven que el martirio insano
Clavó en su vida la intangible garra,
Y en medio del dolor, se sonreía
Con risa que lloraba...

Despojándonos ya de la tristeza
Que tan sensible pérdida nos causa,
La disección hagamos del cadáver,
Entraña por entraña.

Nadie ha sabido hasta ahora de que ha [muerto:
Su dolencia profunda, ignota y rara,
Ni consiguió la ciencia definirla,
Ni el médico atajarla.

Y pues de grado nunca lograremos
Arrancar el secreto á la vil parca;
Ya que nuestras preguntas escarnece
Y pérfida se calla,

Esgrimamos con tino el escalpelo,
Dividid á incisiones las entrañas,
Que al sentirse la muerte en las heridas,
Veréis como al fin habla"

Yo fuí el primero que con firme pulso
Y alentado por nobles esperanzas,
Incindí aquella piel que parecía
De nieve congelada.

Yo fuí el primero que en mi mano ardiente
Sentí el helor de la escultura humana,
Mutilando sus miembros, que ofendieran
Al mármol de Carrara.

Colgado a lí en su pecho, inmóvil, frío,
Como reo de muerte entre dos guardas,
Yacía el corazón, que al latir fuera
Santüario del alma.

Las cuatro cavidades musculosas
Rasgáronse al hendir la hoja acerada,
Y en vez de borbotar sangre bermeja,
Borbotó sangre blanca.....

Entre el asombro de la clase, el médico
Mandóme abrir las venas dilatadas,
Los arteriales vasos de calibre,
Y todos dieron agua.

Mientras el profesor absorto queda,
Un alumno atrevido se levanta
Y probando unas gotas, dijo triste:
"Este líquido amarga".

La frente del Hipócrates rugosa
Se irguió de pronto, y dijo: "Basta, basta.
La muerte al fin ha hablado; su dolencia
Fué plétora de lágrimas"!

Atónitos salimos del colegio;
El crepúsculo apenas alumbraba,
E involuntariamente estremecíme
Al ver mujeres pálidas.

Perdido entre las sombras de la noche,
Seguí pensando en la dolencia extraña:
¡Dios mío, cuántos seres que no lloran
Se morirán por plètora de lágrimas!

JOSÉ SAMPER.

SILUETA DE ANTAÑO

EL PRIMER MÉDICO

(Para Prudencio Sosa)

En aquel ranchito que te mostré el otro día, allí en la calle Daimán, casi al llegar á Valentín, en aquel ranchito tenía su consultorio.

Flaco, amarillo, anguloso, alto, cargada de espaldas—de escaso cabello, boca sin dientes y sumida—de barba rala, gris y roja—de ojos azules intensamente reveladores de su bondad; patizambo, desaliñado en el vestir—enfundado en su levita verdosa ya, á fuerza de ser negra—y con los botines siempre sin lustrar—eternamente á pie, recorría el pueblo atendiendo á éste, al otro, ó al de más allá.

Así dicen los viejos que era Apolion de Mirvek, nuestro primer médico, avecinado aquí desde el año 50, facultativo de todos los gobiernos de aquella época.

Después de la partida de dominó, iba á su cuarto, donde se acostaba, casi siempre, sin desvestirse y sin sacarse tampoco las botas - la puerta de la habitación constantemente abierta.

¿Que se enfermaba Doña Fulana? El viejo médico oía al mensajero desde la cama, y si era algo urgente, allá iba, siguiendo á su cliente—por aquellas calles de Dios—desempedradas y obscuras—tropezando con sus pies contrahechos—agobiado por sus espaldas y sus años.

Fué á Europa—creo que en tres ocasiones—y en uno de sus viajes trajo el 1.° reloj de repetición—un reloj de plata

En los primeros tiempos no tenía título—de médico, digo—que de veterinario sí lo tenía. Trajo á aquel de Francia, en una vuelta—después de un examen general en la Universidad.

En las calles de Arapey y Pelado tenía una quinta—donde procrearon, bajo su paciente vigilancia, l s primeras abejas y cultivó con su mano las primeras moreras. Enclavadas en la civilización de las construcciones modernas—se ven aún—un poco más arriba de Instituto—las paredes sobrevivientes de su vivienda No creo que haga mucho que una tormenta dió en tierr. con una palmera que se conservaba en pie todavía.

Era un viejo notable, bueno y caritativo hasta donde se puede ser.

Las familias pudientes se abonaban por m s á sus servicios profesionales.

Hizo de su carrera un apostolado; y los médicos así mueren pobres.

Hoy. . no faltaría quien le llamara cariñosamente, zonzo!

Era alsaciano Invadida Francia el 70 por los prusianos—destruído el ejército—París bombardeado,.... la Asamblea de Burdeos se sometió á las condiciones del bárbaro Bismark.

Apollón—preso de negra melancolía por las desgracias nacionales—retirado en una aldea de su provincia—postrado de años en una butaca—casi ciego: oyó de boca de un amigo la noticia tremenda de que Alsacia había sido entregada á los prusianos.

Murió inmediatamente de una sacudida horrible—lívido, balbuceando el nombre sagrado de su Francia.

Diciembre 1899.

JOSÉ M. FERNANDEZ SALDAÑA.

SOCIALES

Han comenzado las noches de Bazar, y la vida comienza una nueva era de encantos, sofocación y galantería. Vivo siempre en nuestra memoria el inmortal recuerdo de los pasados ensueños, miramos con una especie de temor y desaliento la anunciación de nuevas noches de Caridad.

Lo que ha pasado no vuelve. Todos los triunfos y decaimientos que han ocupado nuestra vida durante siete noches consecutivas son bastante para formar un año de memorias y vivir sólo de ellas. La continua tensión del espíritu en esas horas opulentas ha grabado profundamente en el cerebro los amores comenzados ó concluídos bajo el cielo clemente del Bazar, las galanterías inesperadas; la profunda y lenta absorción de una voluntad agena.

Y ante la empañada visión de una nueva etapa, el alma se pregunta si habrá para ella nuevas emociones, ó tendrá que seguir la línea que han trazado las antiguas perspectivas.

¿Habrá nuevas complacencias en las noches, nuevo fuego en las miradas, ó serán todas aquellas una monótona repetición de las horas glaciales, sin cadencia ni crispación, en las cuales ha llevado nuestro espíritu el Invierno en el Otoño, el Invierno en el Invierno, el Invierno en la Primavera?

Las golondrinas han vuelto, y las madreselvas han escalado como otras veces las tapias de los jardines.

Han vuelto las golondrinas; y una cruel melancolía—ventura que sólo conjuga el pasado de los tiempos—ha puesto el mismo supremo abondono en los enamorados y en los pechos enfermos.

Vuelven..... pero son las mismas, las mismas alas, las mismas gotas de rocío. Traen el mismo beso de dos labios aburridores, la constante visión de una mirada cansada en la contemplación de una promesa repetida con iguales frases durante una larga época.

Y en esa angustia del corazón—niño mimado que quiere siempre nuevos juguetes—se aproximan las pecadoras noche de Bazar, congregadas en un solo destino por la pura y sensual evocación de una nostalgia comprimida y mártir, llena de abandono y de perdón.

Mañana del 24.

BIOGRAFÍAS ESCOLARES

POR LA STA CLEMENTINA BLANCA IZAGUIRRE. ESCUELA DE 2.o GRADO N.o 4 DE CONSTITUCION.

2.o año

BIOGRAFIA NÚM. 1

Pequeña, delgada rubia y pálida muy tímida, es María sabel la niña más pequeña de este año.

Su timidez va desapareciendo con el continuo trato de las otras niñas.

Su mirada es triste. Su voz, baja. Es inteligente, y como asiste con regularidad pronto igualará en conocimientos á las demás alumnas. Trabaja con empeño. Nunca riñe y pocas veces llora. Sus aptitudes mentales están desenvueltas. Ha mejorado mucho el lenguaje, antes incorrecto, pues siempre se hallaba mezclado de italianismos, por cuyo motivo no era extraño que pronuncie la *rr* como *r*, y la *j* como *c*; pero nuestros empeños en que pronuncie bien las palabras no han sido infructuosos.

BIOGRAFIA NÚM. 5

Alta para su edad, de color blanco, muy traviesa é inquieta, es causa de que siempre estemos fijos en ella, pues basta un momento de desatención de parte nuestra para que la veamos conversando ó sonriendo. Si una compañera no hace caso de ella, entonces ocurre á las manos. Es tambien muy amiga de acusar á las demás si no hacen lo que ella quiere. Su voz es bastante alta. Tiene el hàbito de dirigir palabras burlonas para afear las acciones agenas; pero gracias á nuestros constantes esfuerzos va perdiéndolo casi enteramente.

Muy poco se ha conseguido de ella á causa de su irregular asistencia, debido á la pobreza; pero ello se basa principalmente en la desidia ds su familia.

BIOGRAFÍA NÚM. 7

Sin ser alta, su estatura guarda relación con el grueso correspondiente á su desarrollo muscular.

Rebosa salud su cara rosada y alegre. Tiene la voz alta Es amiga de las exclamaciones é interrogaciones. Facilidad para todo: para leer, escribir, etc. Su facultades mentales se han desenvuelto perfectamente; atiende observa trabaja y responde bien. Su clara inteligencia le hace cada vez más fácil la adquisición de conocimientos; se complace en manifestarlos, no como ostentación, sino para ofrecerlos como enseñanza á sus compañeras. Se empeña en que la niña que está á su lado siga las disposiciones nuestras, y emplea para conseguirlo la más expresiva persuación.

Sus deberes los hace con puntualidad y limpieza. Apesar del poco tiempo que está en esta clase, ejecuta todos los ejercicios propios de este año.

Bondadosa y obediente, reúne las condiciones necesarias para ser una buena discípula; pero por desgracia hemos tenido que luchar con la desídia de su familia. Su asistencia ha sido irregular en extremo; mas hoy asiste con más regularidad.

Sumamente alegre, á todos sus dichos les agrega un chiste gracioso y oportuno. Jamás se queja de que la ofendan

Es muy sociable: siempre toma parte en los juegos. Es muy simpàtica en demostrar su inteligencia y cariño.

BIOGRAFÍA NÚM. 10

Hermoso y simpático aspecto físico.

Sus grandes ojos negros despiden continuamente rayos de inteligencia: Viva, inquieta, es una ardilla en sus movimientos. Su voz alta y bien timbrada se oye continuamente en la clase Demuestra gran predilección por las narraciones, atiende mucho á ellas y las repite con orden y claridad admirable, y su voz baja ó sube de tono según el sentido de la frase

Sus ricas disposiciones naturales se han desenvuelto armónica y gradualmente. Es la primera en su clase cuando estimulamos la competencia afanándose en no perder el terreno que gana con sus acertadas respuestas y no dejarse pasar por su compañera Bernardina que en la familia de Manuela el lugar de sirvienta.